



## CARTAS

A UN LITERATO NOVEL

IV

Si fuese verdad, ¡oh neófito!, que mis cartas le sirven á V. de guía y de faro, las entendería V. con mayor sutileza y no me dirigiría preguntas tan ociosas como aquella á que casi casi no debiera yo contestar. ¿No tiene algo de inocente, en los tiempos que corremos, inquirir si puede suceder que tanto como se conspira contra el tiempo del escritor, se conspire contra su bolsillo, en mayor proporción de lo que suele conspirarse contra el de los demás ciudadanos?

Rey es el poeta, ha dicho Heine. Rey será, puesto que el cisne de Dusseldorf lo afirma, pero rey sin *lista civil* pagada en oro, en plata ni en cobre. La ciega muchedumbre entiende que en esta rea-

leza poética, como en las efectivas, ha de tomarse al pié de la letra aquello de la munificencia y del agujero en la mano. Ciertamente ignoro las rentas de que V. dispone; pero aun cuando fuesen dobles que las del acaudalado Vanderbilt, ó como se llame el Crespo de Norte América, yo le fío á V. que las despabilaría en un decir Jesús si pensase acceder á la cuarta parte de las apremiantes y desgarradoras solicitudes que recibe al año un escritor de algún renombre. ¡Peregrina ilusión de óptica! ¿Por qué esperarán de nosotros dinero? Con que tengamos el necesario para vivir decorosamente, ya hacemos más que hicieron las nueve décimas partes de los poetas y de los que no lo son.

Hay algo de humillante para nosotros en el asalto perpetuo dirigido contra nuestra bolsa. Somos como aquel que poseyendo ó creyendo poseer un cofrecillo lleno de perlas y otro henchido de garbanzos, viese que todo el mundo le suplicaba la leguminosa y nadie las perlas

en que cifraba su orgullo. Nos gustaría que nos pidiesen ingenio, ilustración, discreción, pareceres acertados, páginas bellas, y sazoadas razones y decires, porque eso es lo que aspiramos á dar sin tasa, y en eso, y no en el caudal, ha de basarse la fama que conquistemos. Y cuando no se acuerdan de las perlas y nos echan memoriales por un garbanzo, por un duro ó por un billete de á veinticinco pesetas, se nos llevan (dígase la verdad) veinticinco mil demonios de á caballo.

He oído referir una conocida anécdota sobre un caso acaecido años hace, y se la contaré á V. por si no la sabe, pues viene aquí como anillo al dedo.—Frecuentaba cierto banquero el trato de algunos literatos jóvenes, bohemios por humorada y afición y listos por naturaleza; asistía á sus conciliábulos, solazábase con su charla, reía sus donaires, saboreaba sus ocurrencias y aprendía tal vez en sus discusiones. Había durado ya bastante tiempo esta amistad, cuando uno de los ingenio-

sos pobres, viéndose en apuro, solicitó del banquero un préstamo, que éste le negó, alegando que no tenía disponible la suma.—Poco después banquero y literato se encontraron en la calle, y el segundo, como de propósito, miró al primero sin saludarle.—“¿Por qué no me saluda V.?”—preguntó el millonario.—Porque no me trato con estafadores—respondió el escritor.—¿Estafador yo? Va V. á explicar ahora mismo...—Vaya si lo explicaré. Dos años hace que estamos aguantando á V. unos cuantos muchachos de chispa. Ya sabíamos que no brillaba V. ni por despejado, ni por gracioso, ni por sabio, pero le creíamos rico, y V. aparentaba serlo. Como el día en que recurrimos á su bolsillo resulta V. tan pobre como nosotros, no cabe duda que nos ha tenido V. engañados, estafándonos nuestro trato y amistad.”

No deja de parecerme justa la protesta del bohemio, y volviéndola por pasiva, digo que nos estafa el que donde sólo se ha de buscar el oro del entendimiento

busca un filón de oro monetizable. No, por ahí no se ha de intentar nuestra explotación; el que lo intenta, nos injuria, aunque de un modo indirecto, aplicando el ánfora griega á menesteres de cocina.

Si á V. le llegase á suceder lo que á mí me está sucediendo, averiguará todos los días varias veces que hay por el mundo un sujeto (ó *sujeta*) que no tiene el gusto de tratar á V., pero que allá hace diez años vivía en la misma calle, ó que ha nacido en el mismo pueblo ó en la misma provincia donde rodó la cuna de V., no menos áurea y ebúrnea que la de Elio Adriano ó Silio Peregrino; ó que es (el sujeto en cuestión) primo del hermano del cuñado del portero del señor gobernador de Marineda, ó algún otro título parecido á éstos y que invoca el pedigüño para hacer valer sus derechos á la especial benevolencia de V. (aunque también los hay que se dejan de chiquitas y de títulos). El consabido individuo está perfectamente enterado de que V. une, á un talento colosal, el corazón más blando, magná-

nimo y generoso, y además (aunque esto por sabido debería callarse) un caudal que me río yo de Rotschild. El individuo no ignora tampoco que V., por la insignificancia de mil pesetas arriba ó abajo, es incapaz de dejarle en el atolladero, renunciando á salvar á una familia que tiene puesta en V. su esperanza. Bajo el sobre que contiene esta postulación, irán también papeletas de empeño, cédulas de vecindad, certificaciones de buena conducta, licencias del servicio militar, y á veces hasta correspondencia de familia... Todo un expediente del cual, en opinión del individuo, debe V. enterarse de la cruz á la fecha, para quedar cerciorado de la imprescindible necesidad con que llama á las puertas de su bolsillo de V....

Cuéntase de cierto ministro español, que le asediaba día y noche, sin dejarle respiro, el más pelma y mosca de los pretendientes, siguiéndole á la salida de su casa, por la calle, en paseo, en el zaguán del ministerio, á las puertas de Palacio, y hasta por otros rincones donde los propios

ministros gustan de defender las dulzuras del incógnito.—La misma tenacidad del pretendiente tuvo la virtud de endurecer el corazón del alto funcionario, que se propuso castigar tanta impertinencia con perpetua cesantía (pues el porfiado era un cesante). De pronto parecieron suavizarse los rigores del asedio, y el perseguido dejó de ver en todas partes, como sombra de su cuerpo, al insufrible tábano. Una noche, ó mejor dicho, una madrugada, llamaron á la puerta del ministro con al-dabonazos descomunales, y un hombre allanó la morada, diciéndose portador de urgentísimo pliego. No se atrevieron los criados á arrostrar la responsabilidad de no despertar á su amo, y éste tuvo que dejar de un salto las ociosas plumas, y salir á ver si ardía Madrid. ¡Qué cara debió de poner al encararse con su eterno cesante, que le presentaba el memorial sempiterno! “ ¡Es esta la urgencia, grandísimo pillo! „—bufó el despertado.—“¿Y le parece á Vucencia poco urgente que yo me muera de hambre? „—respondió el so-

carrón del pretendiente con humilde sonrisa, adivinando que, cuando el ministro no le había roto la cabeza de un palo, era segura ya la credencial.

Cada vez que leo en un sobre muy relleno y muy regado de arenillas la palabra “Urgente „ me acuerdo de la frase del tábano. Ello es que ni se me ocurre dudar de la urgencia con que todos piden: yo no creo en pobres falsificados, ni en necesidades fingidas, y oigo con escepticismo profundo las historias de pordioseros que ocultan en su jergón caudales para comprar media docena de casas en Madrid. En mi concepto, el que implora socorro es siempre un menesteroso, háyanle traído al caso de serlo desventuras ó culpas, fatalidades ó errores. Sobran en el mundo holgazanería y vicios, pero también calamidades y encarnizamientos de la suerte; y aunque todo mortal la ha tenido una vez por lo menos en la mano y la ha dejado huir, no por esta falta de previsión y aptitud para la vida práctica le van á sentenciar sus prójimos á abandono perpetuo.

Lo que pasa es que en esto de socorrer al prójimo nadie puede exceder la medida de sus fuerzas, sobre todo cuando no tiene por exclusivo fin en la vida la caridad. El que diese á tontas y á locas, presto se vería en el caso de pedir para sí; además, dando á ciegas, daría mal y sin fruto. Quien se dedica á la caridad, ya llega á hacer de ella un estudio científico-experimental, y sabe dónde y cómo puede emplearse con mayor beneficio, no sólo material, sino moral, para sus semejantes. Nuestra *misión*, ¡oh neófito! no es ejercer la beneficencia, sino escribir, si podemos, algunas páginas hermosas que hagan vivero nuestro nombre. No por eso ha de estar cerrado nuestro corazón á la piedad, ni sordos á la compasión nuestros oídos. Podemos y debemos sembrar algún bien; el error es creer que, por el hecho de producir unas cuantas obras literarias mejores ó peores, nos obligamos á constituirnos en bienhechores universales. El que el ruido de nuestra fama ó familia llegue á los últimos confines de

nuestra patria, ó acaso se difunda bastante más lejos, por algunos puntos de Europa y por la América española, no implica el que haya de abarcar nuestra caridad el mismo radio que nuestra fama. No diré, como el personaje de Gavarni, que la caridad sea un lujo superior á nuestros medios; pero sí que ha de existir siempre enorme desproporción entre nuestros medios y nuestra nombradía, por misérrima que fuese, y que la voluntaria equivocación de nuestros tábanos consiste en no echar tan sencilla cuenta, y no comprender que cunde más un nombre que un bolsillo.

V. dirá que todo esto de la caridad, los medios y los tábanos, no tiene gran cosa que ver con la literatura propiamente dicha. Ya sabe V. que mis cartas versan sobre lo que podemos llamar *conducta literaria*. El literato ha menester combatir el exagerado altruismo y refugiarse en una especie de egoismo artístico, que no es el de Goethe, ni el de nadie, sino el que dicta meramente el instinto de la de-

fensa individual. ¡Ay de quien presente el pecho desnudo en esta lucha cuerpo á cuerpo de la colectividad contra el individuo! ¡Es tan grato, tan fácil, tan adecuado á la condición del poeta y del soñador acceder á toda súplica! Yo tengo á San Martín por hombre práctico hasta la dureza: partir la capa es un acto de resistencia y previsión: todo el que ha nacido artista, por su gusto, la daría entera, quedándose arrecido en mitad de Diciembre.

¿No ha oído V. por ahí la vulgaridad de que la persona dotada de inteligencia y aptitudes artísticas nace condenada á no tener capa, ni camisa, en todos los días de su vida mortal? De la misma índole que este prejuicio es el de que los genios han de ser viciosos, ó enfermizos, ó dementes. Ejemplos hay de tales casos, y con ejemplos todo se prueba, hasta que el día es noche, pues lo es durante los eclipses de sol; pero yo, que no veo la vida al través de gafas ahumadas, nunca he consentido en que los genios, ingenios y talentos hayan

de ser naturalmente de peor condición que los idiotas, necios y bolonios. Infinitos viciosos he conocido, que se caían de puro simples; dementes que se iban solos al tonticomio, y sujetos enfermizos á quienes debía prodigar sus cuidados el Director de la Escuela de Veterinaria. Con la prodigalidad y el desorden financiero pasa lo mismo. Si sólo se arruinasen los artistas de verdad... ¡cuán pocas quiebras habría por el mundo!

No niego la poesía propia de *Kean*, ó *Genio y desorden*: sin embargo, encuentro tan poética ó más que la vida del héroe de Alejandro Dumas, la existencia fecunda y sana del hombre que trabaja, piensa, siente, conserva su salud, goza y liba la miel de las cosas, sabe reservarse horas para sí mismo, para cultivar sus aficiones intelectuales ó artísticas, y domina la grave, la terrible cuestión del dinero, haciendo de éste su siervo y no su señor feudal, como viene á ser para los derrochadores. El que á nadie debe, y por consiguiente á nadie defrauda; el que no atesora, pero

tampoco despilfarra caudal; el que se impone la obligación de no gastar más de lo que puede y de sujetarse á la *vil prosa* de la realidad económica... ese, y solo ese, es el que puede llevar en sí, como flor en el ojal, un poco de poesía que nunca magullarán, con sus pesuñas de cerdo, las brutales exigencias de la necesidad...

Ya me parece que no necesita V. más para comprender muy bien y atenerse mejor á mis instrucciones en esta materia, al parecer baladí, y en efecto transcendentalísima, —la que más influye en nuestro destino social. Sin embargo, como el exclusivismo no me aqueja, tengo que añadir que voy refiriéndome á la poesía y felicidad individuales, pero que no he de negar la felicidad y poesía colectivas que debemos á algunos perdularios rematados como Heine, Musset, Becquer, Byron, Espronceda, etc. De Becquer, por ejemplo, me contaron no hace mucho un rasgo que demuestra su carencia absoluta de sentido práctico. Hallándose sin blanca, y habiendo recibido impensadamen-

e una regular suma, la gastó casi toda en adquirir una alfombra de terciopelo de cuatro dedos de alto para su sala, cuyo mobiliario se reducía á una mesa paticoja y dos sillas desfondadas ó poco menos. Con el pico sobrante de la alfombra compró el poeta una arquilla ó caja de caudales; lo malo fué que ya no tenía qué guardar en ella, y que á los dos días, como ni la alfombra ni la caja podía echarlas al puchero, hubo que empeñarlas ó malvenderlas para traer comestibles y poner la olla á la lumbre... Ahora bien: á los que leemos los versos de Becquer, no nos quita ni un átomo del goce que en ellos encontramos el suceso de la caja y de la alfombra. Al contrario: quizá nos estimula con cierto picor de humorística melancolía, semejante á la dulce excitación de tristeza que causan las dos ó tres primeras copas de Champagne. Seríamos unos ridículos comineros si seriamente reprobásemos el modo de proceder de Becquer. Si V. se siente Becquer... haga lo que guste, neófito; empeñe hasta la

respiración, débame á mí, débale al señor Baüer, débale al Banco Hipotecario, débale al Preste Juan de las Indias, porque todos le deben á V., y si no creen que le deben, ni notan la falta... ¡ay de ellos, infelices, que pasaron por este mundo como si no pasasen!

En cambio, si no es V. un Becquer, ni mucho menos (¡y por desgracia no lo será V.!), pórtese como un rapaz formalcito, como persona seria, y agradecérselo hemos.



## REVISTA DRAMÁTICA

Don José Echegaray, *El Hijo de Don Juan*.—*Sic vos non vobis*.—Don Angel Guimerá: *Judit de Welf*.—Don Eugenio Selés: *Las Vengadoras*.—Don Federico Urrecha: *Tormento*.—Algunas exhumaciones del teatro antiguo y del teatro romántico: *La Vida es sueño*, *La Niña boba*, de Lope de Vega.—*El Zapatero y el Rey*, *Traidor, inconfeso y mártir*, de Zorrilla.—Potpurri sobre el mismo asunto.

SE me ocurre encabezar esta Revista con una cita de Alfredo de Musset: la primera estancia á la muerte de la Malibran:

*Sans doute il est trop tard pour parler encor d'elle:  
depuis qu'elle n'est plus quinze jours sont passés,  
et dans ce pays-ci quinze jours, je le sais,  
font d'une mort récente une vieille nouvelle.*

Aquella niña curiosa que se empeñaba en saber el paradero y destino ulterior de las lunas viejas, podría preguntar, con más discreto propósito, qué se hacen aquí